

minable procesión de gnomos ó enjambre de sutiles corpúsculos que se extienden por todos los objetos creados, pero que sólo se alcanza á ver con la lente de una sensibilidad exquisita, de un temperamento algo enfermizo, de puro nervioso.

En cualquier poesía suelta de Apeles Mestres, y mejor aún en su conjunto, se destaca una personalidad inconfundible, gracias principalmente á esa doble aptitud—triple en rigor, pues hay que añadir la musical, aunque con menos excelencia,—tan rara en los tiempos actuales. Se trata de un enamorado del arte y de la naturaleza, que trae al uno y ama en la otra lo que vive oculto é ignorado, lo sencillo y humilde, llegando esta simpatía hasta atribuir pasiones, sentimientos y lenguaje á los seres inorgánicos, á las flores y á aquellos animalillos que desde fecha inmemorial poseen carta de ciudadanía en el mundo de la literatura didáctica, sirviendo á los imitadores de Esopo para inculcar máximas de bien vivir. No ha soñado en hacerlo así Apeles Mestres, y por lo mismo no es un fabulista, aunque á trechos recuerde la manera de Lafontaine: no es tampoco, contra lo que podría sospecharse, un secretario del naturalismo, ni siquiera del realismo en el grado que es compatible con la idealización poética. Se inspira en la realidad, pero depurándola, y no sólo tiende á descartar de ella lo grosero, sino también lo grandioso y deslumbrador, reduciendo el campo de su perspectiva á delicados pormenores, sobre cuya tela borda lindos arabescos que nada tienen de retrato, y sí un carácter subjetivo, á todas luces ostensible. En cuanto á los procedimientos, busca la línea más que el colorido, los contornos vagos y no el enérgico relieve, y en lugar de imponer, digámoslo así, las emociones, se limita á sugerirlas.

Admitiendo y todo la originalidad de Apeles Mestres, forzoso es convenir en que con ella se han mezclado múltiples influencias, señaladas ya por el autor

y por sus críticos: la de Teócrito, cuyos idilios imitó; la de Lafontaine, que hubo de impresionarle en la infancia hondamente, hasta determinar en parte su vocación de artista; la de Anselmo J. Clavé (y perdónese lo brusco del salto), cuya obra se gloria de proseguir, y la de varios poetas extranjeros de este siglo, mayormente Heine, con quien en el fondo poca relación guarda el presunto discípulo, que repite en cambio, por desgracia, las discordes notas humorísticas del modelo contra lo más santo y respetable, ó se convierte en defensor de cierta impiedad de mal gusto.

Prescindiendo de las primeras colecciones poéticas que dió á luz Mestres, los *Idilis* constituyen por su valor intrínseco algo más que un ensayo, y contienen varias poesías muy agradables. La generalidad de las *Baladas* tiende á presentar la Edad Media desde un punto de vista burlón y satírico, tan falso por lo menos como el de la apología incondicional que privó entre los románticos. En los *Cants intims* se funden la sinceridad y delicadeza del sentimiento con la brillantez de las descripciones que reflejan los encantos del mundo físico. Pero la obra más acabada de Apeles Mestres, por confesión de todos, es *Margaridó*, poema basado en una tradición popular de Cataluña, y cuyo argumento se desenvuelve durante la guerra de la Independencia. La humilde segadora cuyo nombre es el del libro, tiene en su casa á un soldado francés á quien debe dar la muerte, en cumplimiento de la orden dictada por el Alcalde á los vecinos del pueblo. La doncella se deja vencer por sus instintos compasivos, pone en salvo al hombre hacia quien empieza á sentir un amor no correspondido, y después de dejarle en una población dominada por las tropas invasoras, y mientras, sola ya, medita escuchando los trinos del ruiseñor, la hiere en medio del corazón la bala de un centinela que ha pronunciado tres veces el *¿quién vive?* sin obtener respuesta.

Otros volúmenes en verso ha escrito después el autor, y últimamente el *Estiuet de Sant Martí* (*Veranillo de San Martín*, nombre que da al amor frustrado, medio idílico, medio risible, de un viejo), poemita muy bien acogido, aunque no faltó quien lo censurase por su extremada sencillez.

Creo haber descrito las direcciones más originales de la poesía lírica en la literatura contemporánea del Principado: al apreciar las obras de algunos autores menos atrevidos, comenzaré por Ubach y Vinyeta (F.), un veterano que no se cansa de producir y á quien el afán de ganar las joyas de los certámenes impide la libertad en la elección del tema y en su desenvolvimiento, obligándole á encerrarse en la estrechez de un convencionalismo enervador. Donde suele acertar con más frecuencia es en el género narrativo, al que pertenece su *Romancer Catalá*¹, prescindiendo de sus obras dramáticas, en las que ha puesto singular cuidado.

Por el título de las composiciones, *La Jove Catalunya*, *Al Segle* (con tono de reconvención antes que de ditirambo), *¡Independencia!* y *Ala rassa llatina*, se viene á inducir, y con fundamento, que Isidro Reventós, hace ya tiempo retirado de la vida literaria, se aproxima á la escuela de Quintana, con su pompa de dición y su cariño á las abstracciones ideológicas. Bien al contrario, Joaquín Riera y Bertrán² propende á la llaneza en el fondo y en la forma, corriendo voluntariamente los riesgos del prosaísmo. De un modo análogo entiende el arte A. Careta y Vidal³, discípulo de F. Pelayo Briz, y que ha compuesto algunas canciones populares sentidas, aunque no igualmente correctas.

¹ Además de esta colección, lleva publicadas otras tres: *Celistias*, *Primerenques* y *Expansions*.

² *Cansons de noys y noyas*, *Cansons del temps*, *Mel y fel*, *Cent faulas*, etc.

³ *Euras*, poesías, 1883.

Si se añaden los nombres de Emilio Coca y Collado, autor de la alegoría *L'arbre sech*; J. Torres y Reyató, de quien se celebra ante todo la narración bíblica *La filla de Jephthé*; Sebastián Trullol y Plana, en cuyas *Poesies*⁴, por modestia encabezadas con epigrafe interrogativo, alternan de un modo extraño el erotismo efervescente y la piedad religiosa; Arturo Masriera⁵, laureado varias veces en los *Jochs florals*, y hoy jesuita; Fernando Argulló, que ha recogido los dos premios ordinarios de poesía otorgados por el Consistorio de 1893; Federico Rahola, autor de *La última aureneta*; José M. Serra y Marsal, que imita los cantos populares siguiendo las pisadas de Milá; Ramón E. Bassegoda⁶, Ramón Masifern⁴, Jaime Novellas³, que han publicado recientemente sendas colecciones de versos, y Dolores Montcerdá de Maciá⁶, que recuerda en algo á la Massanés, siendo la más celebrada entre las poetisas que actualmente escriben en catalán, tendremos lo bastante para formar idea de la constancia fervorosa con que se cultiva el género lírico en el Principado, sobre todo si se advierte que aun podría ampliarse la enumeración (hecha con el exclusivo objeto que acabo de indicar), aunque nada ganarían con ello los lectores.

De propósito reservo lugar aparte para Francisco Casas Amigó y Juan Maragall, dos jóvenes de grandes esperanzas, que el uno defraudó con su muerte y el otro comienza á realizar, ambos dotados de inspiración verdadera, si bien tan desemejantes en sus predilecciones como lo son la nostalgia del cielo y el neopaganismo clásico á la manera de Goethe. El primero de

¹ Barcelona, 1889.

² *Poesies*.—Barcelona, 1893.

³ *Quatre versos*, 1893.

⁴ *L'Aglenya*, 1892.

⁵ *Bosquerolas*, 1888.

⁶ *Poesies catalanes*, 1888.

ellos atesoraba en su corazón un venero de sensibilidad exquisita, derramada copiosamente por los ensayos poéticos que de él se conservan, y que acreditan al aventajado discípulo de Verdaguer con personalidad propia, aún no del todo formada. El mejor retrato moral y artístico de Casas Amigó (1859-1887) queda trazado por su pluma en la siguiente quintilla dictada por el presentimiento de la muerte:

Malaltiç, la terra 'm crida
Y aixeco la vista al cel;
Sé que l'arbre de la vida
Allí dalt treu la florida
Quan aquí 's consum l'arrel ¹.

Maragall ², que, como periodista, defiende con brillantez la restauración social por medio del Catolicismo, ha interpretado las elegías romanas y otras composiciones del *Júpiter* de Weimar, á quien sigue también en las originales, aspirando á una serenidad de ánimo aunada con la pasión amorosa y el hondo sentimiento de la naturaleza, sin los velos postizos del énfasis retórico. Por desdicha, no anda en el modelo elegido á la altura de la elegancia de la forma el nivel moral, y aun está contrapuesto á ella en numerosos pasajes.

Carece el movimiento literario indígena en Valencia del arraigo y fecundidad que tiene el de Cataluña, según he dicho repetidas veces. Los últimos poetas líricos que van exhibiéndose en las fiestas del *Rat-penat* no llegan, ni con mucho, en alteza de numen y sentimiento á los dos iniciadores Llorente y Querol, cuyas líras no despertaron en la nueva generación sino ecos débiles y confusos, periódicamente repetidos con in-

¹ Doliente, la tierra me llama, y alzo la vista al cielo; sé que el árbol de la vida florece allá en lo alto, cuando aquí se consume la raíz.—*Poesies d'en Francisco Casas y Amigó, ab un prólech d'en Marian Aguiló y Fuster*.—Barcelona, 1888.

² *Poesias*.—Barcelona, 1891.

consciencia y trivialidad lamentables, salvo excepciones bien contadas.

Al mismo tiempo que pergeñaba románticas novelas de folletín y versos en castellano, los componía también en el habla regional Félix Pizcueta, primer presidente del *Rat-penat* y autor de *La llegenda del Roser*, agradable poesía narrativa, laureada con la flor natural en 1880 ¹. Mayor empeño, constancia infatigable y cordial entusiasmo puso en el cultivo de las letras el aragonés Víctor Iranzo y Simón (1850-1889), que adoptó por segunda patria á la ciudad del Turia, contándose en el número de sus trovadores y haciendo gala de una inspiración que caracteriza así Teodoro Llorente: «Era fecunda, copiosa, algo desordenada; faltábale (á Iranzo) el arte severo de la sobriedad. Tenía algo de Arolas en su fantasía vivaz y pletórica; algo también de nuestros pintores valencianos, que disimulan á veces la incorrección del dibujo con la riqueza del colorido. Pero estaba en vías de notable perfeccionamiento; formábase su gusto; como artista concienzudo estudiaba el natural, del que había prescindido en los cuadros, muy bonitos, pero algo caprichosos, de sus primeras composiciones; y es seguro que hubiera encontrado para su poesía el propio asiento, igualmente apartado del realismo trivial que del idealismo fantástico» ². *La musa del comers* y *Lo darrer jorn de Sagunt* dan idea de las buenas y malas cualidades que distinguían á Iranzo. Respecto de Constantino Llombart (1848-1893), no hay duda que tenía mucho más de hombre de acción, proyectista afortunado é idólatra de su tierra natal, que de escritor y poeta; siendo los culminantes, entre los servicios que prestó al renacimiento valenciano, las empresas editoriales, no siem-

¹ Léase en *Los fills de la morta viva*, de C. Llombart, páginas 429-435.

² *La España Moderna*, Febrero de 1890, págs. 188 y 189.

pre dirigidas con acierto y buen gusto, y la organización del *Rat-penat*, con el concurso de varios ingenios, que quizá no se hubieran asociado sin su iniciativa. El médico Pastor y Aicart, el periodista Sanmartín y Aguirre, el presbítero Arroyo y Almela, y después Puig Torralva y algunos más, han escrito versos líricos en valenciano, sin dejar de hacerlo en el idioma nacional, conforme al uso corriente en la patria de Guillén de Castro.

En esto continúa imitándola Mallorca, donde encuentra, no obstante, suelo mejor preparado la planta de la literatura provincial. No se podría considerar estéril ni marchita, aunque no hubiese producido más frutos que las *Poesías* de Miguel Costa y Llobera¹, un sacerdote émulo de Verdaguer, atraído, como el cantor de *La Atlántida* y los *Idilis*, por los espectáculos solemnes de la Creación, y por las secretas voces del espíritu, cuando siente la visita de lo alto. Sueños de grandeza y deliquios de ternura, clamores de águila caudal y acentos de paloma, tonos de virilidad austera y languidez mística, se dan la mano en las hermosas composiciones de Costa y Llobera, que deben hacerse conocer, por lo mismo que la fama del autor no se ha extendido, como era justo, á pesar de los encomios excepcionales que de él han hecho Menéndez Pelayo, Yxart y otros críticos. La poesía que transcribo íntegramente, será á modo de oasis en medio de la aridez forzosa de este estudio:

LO PI DE FORMENTOR.

¡Mon cor estima un arbre! Mes vell que l'olivera
Més poderós que'l roure, més vert que'l taronjer,
Conserva de ses fulles l'eterna primavera
Y lluyta ab les ventades qu'atupan la ribera,
Que cruxen lo terror.
No guayta per ses fulles la flor enamorada,

¹ Palma, 1885.

No va la fontanella ses ombres á besar,
Mes Deu ungi d'aroma sa testa consagrada,
Y li doná per terra l'esquerpa serralada,
Per font l'immensa mar.

Quant lluny, demunt les ones, renaix la llum divina,
No canta per ses branques l'aucell qu'encativam;
Lo crit sublim ascolta de l'águila marina,
O del vóltor que puja sent l'ala gegantina
Remoure son fullam.

Del llim d'aquesta terra sa vida no sustenta;
Revincla per les roques sa poderosa rel.
Té plujes y rosades, y vents y llum ardenta;
Y, com un vell profeta, reb vida y s'alimenta
De les amors del cel.

¡Arbre sublim! Del geni n'es ell la viva imatge:
Domina les montanyes y aguayta l'infinit;
Per ell la terra es dura, mes besa son ramatge
Lo cel que l'enamora, y té'l llamp y l'oratge
Per gloria y per delit.

¡Oh! sí; que quant alloure bramulan les ventades
Y sembla entre l'escuma que tombi lo penyal,
Llavors ell viu y canta mes fort que les onades
Y triunfador espolsa demunt les nubolades
Sa cabellera real.

Arbre, mon cor t'enveja. Sobre la terra impura
Com una prenda santa duré jo'l teu recort.
Lluytar constant y véncer, reinar sobre l'altura
Y alimentarse y viure de cel y de llum pura...

¡Oh vida... noble sort!

¡Amunt, anima forta! Traspasa la boyrada
Y arrela dins l'altura, com l'arbre dels penyals.
Verás caure á tes plantes la mar del mon irada,
Y tes cansós valentes'nirán per la ventada
Com l'au dels temporals¹.

EL PINO DE FORMENTOR.

¡Mi corazón ama á un árbol! Más añoso que el olivo, más fuerte que el roble, más verde que el naranjo, conserva la eterna primavera de sus hojas, y lucha con los huracanes que azotan la orilla y quebrantan el terreno.

No mira por su follaje la flor enamorada, no va la fuente-cilla á besar su sombra; pero Dios ungió con aroma su consagrada cabeza, y le dió por suelo el abrupto monte, y por fuente la mar inmensa.

Cuando á lo lejos, por cima de las ondas, renace la luz ce-

Siempre se ven la misma pureza y elevación de sentimientos en el numen de Costa, para quien no luce del todo sus hechizos la poesía sino cuando, como él dice en su *Comparansa*, se une *el resplandor del ideal con las lágrimas de la vida*, á la manera que el arcoiris surge del contacto entre la luz del sol y la gota de agua desprendida de la nube.

Mallorquín de nacimiento, reside en Barcelona desde su infancia el vigoroso autor de *Tres englantines*, Ramón Picó y Campamar, cuya maestría en el género narrativo, educada con profundos estudios históricos, se hizo ostensible en sus primeros ensayos, y más señaladamente en las acabadas piezas *¡Visca Aragó!*, *¡Depressa!* y *Ferrán V.* Pocos años antes de morir D. Juan II de Aragón, sitian los franceses la plaza de Elna, y, después de ganarla, clavan la cabeza del leal gobernador Bernart Oms en la punta de una lanza, y colocan el horrible trofeo en la torre del castillo de Perpiñán. El centinela, que la ve desde el muro, reza

leste, no canta en sus ramas el pájaro que podemos aprisionar; escucha el grito sublime del águila marina, ó siente que le toca el ala gigantesca del buitre que asciende á las alturas.

No se sostiene su vida con el limo terrestre: á las rocas es donde está asida su poderosa raíz. Le visitan las lluvias y el rocío, los vientos y la luz abrasadora, y, como anciano profeta, recibe el sustento y la vida de los amores del cielo.

¡Árbol sublime! Él es la imagen viva del genio: domina las cumbres y mira hacia lo infinito. Le es dura la tierra, pero goza las caricias del cielo que le enamora, y tiene el rayo y el temporal por gloria y por deleite.

¡Oh si: que cuando braman desencadenados los vientos, y parece hundirse el peñasco entre la espuma, entonces él se complace en cantar con más fuerza que las olas, y lanza triunfador por encima de los nublados su cabellera real!

Árbol, mi corazón te envidia. Sobre la tierra miserable llevaré yo tu recuerdo como una prenda santa. Luchar siempre y vencer, reinar sobre la altura, y alimentarse y vivir del cielo y de la luz... ¡eso es la vida y la mejor de las suertes!

¡Arriba, alma grande! Traspasa la bruma, arraigando en las cumbres, como el árbol que corona las rocas. Verás caer á tus plantas el mar airado del mundo, y tus valientes cánticos correrán en alas de los huracanes, como el ave que desafía la tempestad.

por el finado y entona la canción *La espasa del Rey de França*, cuyo estribillo concluye con el grito de *¡Visca Aragó!*, como respondiendo á las provocaciones y al orgullo del ejército enemigo. *¡Depressa!* es una balada que se apoya en una tradición popular mallorquina, algo semejante á la tan famosa en Cataluña de *Lo comte Arnau*, y que también parece una apelación á la tremenda vindicta sobrenatural contra los desmanes del feudalismo anárquico. No menos habilidad artística, junta con gran dosis de odio al nombre castellano, preside al romance *Ferrán V.*, en que no se respeta lo debido, ni aun la immaculada memoria de Isabel I. Por lo demás, Picó realza con luz de trágico interés el episodio del atentado contra la vida del Rey Católico, haciendo que, ante la conciencia y la fantasía de éste, se transforme la figura del asesino en la del infortunado Príncipe de Viana, como si el hijo de D. Juan II y Doña Juana Enríquez fuese á expiar la tiranía de sus padres. Aquí, y de ordinario el estilo de Picó es sobrio y enérgico, de toques rápidos, sin descripciones prolijas y artificiosas.

Pedro de A. Peña, conocido por sus lindas y espontáneas canciones, en que se retrata la fisonomía moral de Mallorca y campea libre el pintoresco lenguaje vulgar, y Tomás Forteza, maestro en *gay saber*, que en su oda *A la Verge de Monserrat*, y en otras producciones, consigue dar novedad á asuntos muy gastados, son los que principalmente descuellan entre la multitud de ingenios baleares, aficionados á la lírica, de que no va hecha mención, como el difunto presbítero Taronjé, Mateo Obrador, Miguel Zavaleta y Miguel S. Oliver, cuyos versos no valen lo que su excelente prosa castellana.

